

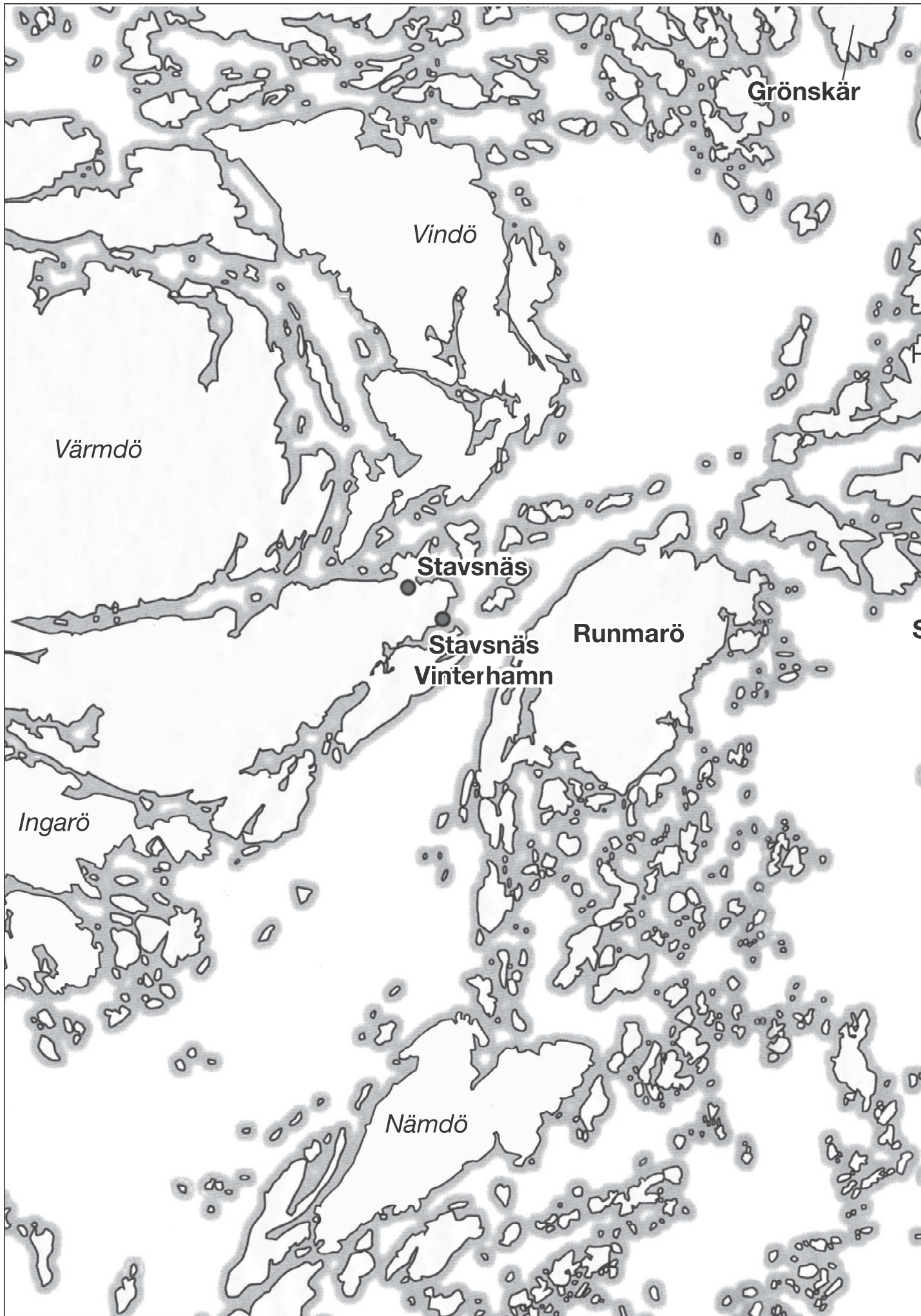
Viveca STEN

El secreto de la isla

Traducción:
ALBERT HERRANZ



MAEVA | NOIR



Grönskär

Vindö

Värmdö

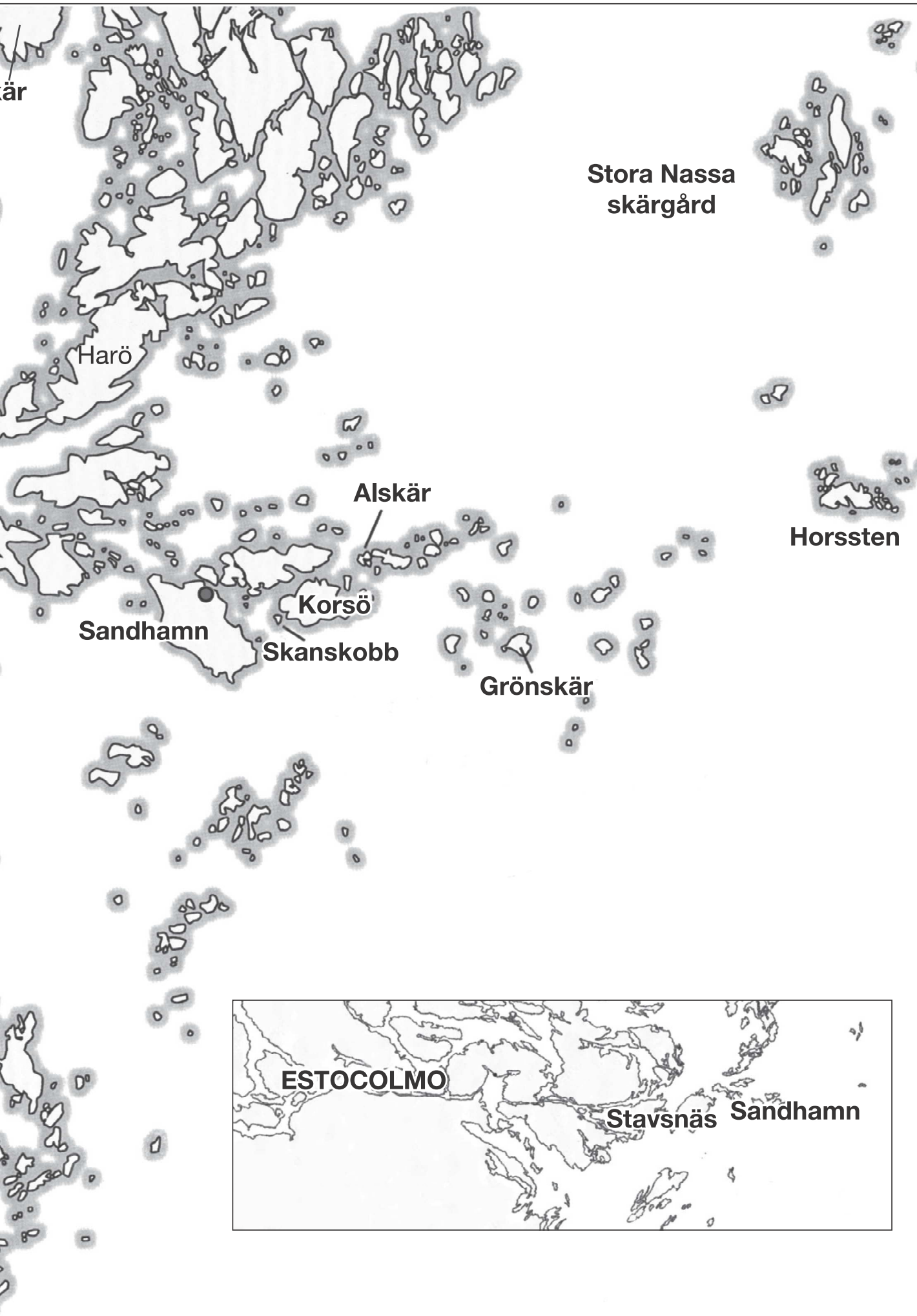
Stavsnäs

Runmarö

Stavsnäs
Vinterhamn

Ingarö

Nändö





La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo. Formado por un conjunto de 24.000 islas, está situado frente a la capital sueca y se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas entre las distintas islas, se dividen en veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», mientras que Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación y son un escenario ideal para una novela de misterio como *El secreto de la isla*.

Prólogo

El chapoteo le recordó el ruido que hacen los niños mientras juegan en la bañera. Si cerraba los ojos, podía ver una playa con los críos correteando despreocupados de aquí para allá.

Después, un último chapoteo y el agua rebasó el borde del cubo y se derramó por el suelo.

Los brazos que antes se habían agitado se relajaron. Las piernas todavía se movían, como si fueran pececillos de plata yendo de un lado a otro sin rumbo ni objetivo. Movimientos espasmódicos.

Finalmente, las piernas dejaron de moverse. El goteo lento del grifo era lo único que rompía el silencio en aquella habitación encalada.

Recordaría ese sonido toda la vida.

Un fuerte olor a jabón impregnaba el ambiente. El olor a pino le penetraba por la nariz y le producía náuseas. Se recompuso. El miedo lo supera todo.

Sintió un calor que le recorría el muslo y comprendió que se había orinado.

Daba igual. De todas formas, ya era tarde.

El grifo continuó goteando.

Domingo,
16 de septiembre de 2007

(PRIMERA SEMANA)

La chica parece asustada.

–Tienen que venir, ahora, inmediatamente.

–¿Puede decirme primero su nombre?

La voz profesional del 112 es aséptica, sin llegar a ser desagradable. En la pantalla, las cifras digitales muestran la hora exacta: las diez y tres minutos de la mañana.

–Es terrible..., es Marcus.

–¿Puede intentar explicarme qué ha pasado? –pregunta la operadora–. Tranquilícese y cuénteme.

–Estoy en su casa.

–Deme una dirección.

–No respira. Está colgado. –El llanto y el hipeo se mezclan al responder–. No puedo descolgarlo.

–Deme la dirección de donde está.

Se oye de fondo a los demás compañeros del servicio que atienden otras alertas. Hasta el momento, el día había sido tranquilo. Es un domingo por la mañana y las emergencias del sábado por la noche ya se han atendido. La operadora comienza su turno a las seis de la mañana y a estas horas se ha tomado ya tres tazas de café.

–¿Dónde está? –le vuelve a preguntar.

Ahora la joven al otro lado del teléfono se calma.

–En la calle Värmdögatan 10 B, en Nacka. –La chica pronuncia las palabras con dificultad–. Donde están los pisos de los estudiantes –dice entre sollozos–. Habíamos quedado para estudiar juntos.

–¿Cuál es su nombre?

–Amanda.

–Amanda, ¿qué más?

–Amanda Grenfors.

Las palabras son espesas, confusas, como si no pudiera asimilar lo que está viendo.

—Intente contarme qué ha ocurrido.

Mientras habla, la operadora toma notas. La dirección donde está la chica está muy cerca de la comisaría de Nacka. En pocos minutos la Policía se podrá personar ahí.

—Marcus cuelga del techo de una cuerda —dice la chica—. Tiene la cara azul.

Se le rompe la voz.

La operadora espera. Pasan unos segundos. Luego se oye en voz baja:

—Creo que está muerto.

El portal del edificio está abierto cuando llega la policía. La casa se construyó en los años cuarenta y la cantidad de bicicletas aparcadas delante delata que se trata de una vivienda para estudiantes. Es uno de esos edificios que se rehabilitaron para intentar paliar la enorme necesidad de viviendas estudiantiles que había en la capital.

Los dos policías suben por una escalera y se adentran por un pasillo largo con una decena de puertas a cada lado. Pasan por delante de la cocina, donde una pila de platos sucios llena el fregadero. Sobre uno de los armarios hay una nota escrita a mano: «¡Recoge tus cosas! ¡Tu madre no vive aquí!».

No hay nadie, tan solo una bolsa de basura sin atar en una esquina. Por el olor se puede suponer que lleva ahí bastante tiempo.

Al fondo del pasillo hay una puerta abierta. Junto a la entrada del apartamento, con la espalda apoyada en la pared, hay una chica sentada. Viste vaqueros, zapatillas de deporte negras y un jersey enorme rojo oscuro demasiado grande para su cuerpo delgado.

—¿Te llamas Amanda? —pregunta la policía.

—Hmm.

Una cara surcada por las lágrimas se gira hacia ella. La policía se agacha y roza ligeramente la mano de la joven.

—¿Cómo te encuentras?

—Está colgado allá dentro. —Levanta la mano derecha y señala temblorosa—. Del gancho de la lámpara.

Los policías miran hacia donde indica la chica. Está amaneciendo, en la luz repentina que entra en la habitación se pueden ver pequeñas motas de polvo flotando en el aire. Forman un aura brillante en torno al solitario cuerpo que pende del techo. La cabeza colgando y el ángulo del cuello confirman lo que ya sospechaban.

Marcus Nielsen está muerto.

Corría sobre el hielo crujiente a las afueras de Sandhamn. El hielo se resquebrajaba bajo sus pies. El agua lo envolvía y sentía como si los dedos de las manos y de los pies se rompieran, congelados. La fría corriente marina presionaba el aire en sus pulmones e impedía que le llegara oxígeno a la sangre.

Pronto se ahogaría en aquel canal tan profundo. Nadie vendría a rescatarlo porque nadie sabía que estaba allí.

Lloraba.

No quería morir. No de esa manera. No tan solo y sin poder despedirse.

El agua que congelaba su cuerpo le drenaba toda la energía y se arrepentía de todo lo que no había hecho o dicho hasta entonces.

Pero ¿cómo habría podido saber que su tiempo se acababa?

Mientras perdía la sensibilidad del cuerpo se dio cuenta de que su corazón latía más despacio, que estaba perdiendo la conciencia. Pronto un falso calor se extendería a través de las venas, él dejaría de luchar y todo habría acabado.

Sin embargo, no quería morir así. No ahora. No sin Pernilla a su lado.

Tenía tanto frío que se dejó ir. Se hundió de nuevo en el agua fría y notó que se le adormecía el cuerpo. Ya no podía ofrecer más resistencia.

Sonó, estridente, una alarma rabiosa que pedía su atención. Abrió los ojos y entendió que estaba en su cama. Pernilla respiraba profundamente a su lado.

Alargó el brazo y buscó el teléfono sobre la mesita de noche. Los dedos se cerraron en torno al objeto de metal, pero el móvil cayó al suelo.

Dejó de sonar durante unos segundos y al cabo de un rato comenzó de nuevo. Más alto esta vez. El sonido no paraba y Pernilla se movía inquieta a su lado.

—Es tu móvil —murmuró.

Su voz le devolvió a la realidad.

Giró las piernas sobre el borde de la cama, pero cuando fue a apoyar el pie izquierdo en el suelo estuvo a punto de perder el equilibrio. Aún no se había acostumbrado. Se agachó y recogió el móvil.

Al presionar el aparato contra su mejilla, este quedó húmedo por sus lágrimas.

Su voz sonó áspera cuando contestó.

—¿Sí? Soy Thomas.

De camino al coche, Margrit Grankvist repasó la escueta información que le había facilitado la jefatura.

Estaba desayunando con Bertil cuando la llamaron. Las dos niñas aún dormían. Bertil alzó la nariz por encima del borde del periódico y enseguida entendió que Margrit tenía que irse.

A esas alturas ya estaba acostumbrado. Margrit esbozó una sonrisa cuando pensó en su marido. Era profesor de instituto, de inglés y sueco. Sabía que algunas de sus amigas no lo consideraban el más interesante de los hombres. Sin embargo, llevaban juntos más de veinte años y tenían dos preciosas hijas adolescentes. Anna terminaría el bachillerato en primavera y Linda lo acababa de empezar.

Margrit abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del conductor. Era una mañana fría, ya empezaba a notarse la llegada del otoño. El veranillo de san Miguel que habían disfrutado durante unas semanas pronto sería sustituido por vientos fríos y cielos nublados. Las noches comenzaban a ser más oscuras. Los días se acortarían hasta tener solo seis horas de luz débil.

Hasta que volviera a cambiar.

A Margrit le costaba cada vez más aguantar el largo invierno sueco. Últimamente había comenzado a soñar con un apartamento en el sur de España. Un lugar al sol para Bertil y ella cuando las niñas se fueran de casa.

El móvil sonó y vio que le había llegado un mensaje con más datos del muchacho muerto. Tenía veintidós años, a ella le parecía un chiquillo. Su hija Anna tenía dieciocho, era tan solo unos años más joven.

Se llamaba Marcus Nielsen. Estudiaba Psicología en la Universidad de Estocolmo y vivía solo en la habitación en la que lo encontraron.

Margrit encendió el motor y salió del garaje marcha atrás. No había demasiado tráfico a esas horas de la mañana. Según sus cálculos, en veinte minutos estaría en la calle Värmdögatan.

Margrit aparcó delante del portal y cerró el coche. Saludó a un policía uniformado que estaba en la escalera y pasó de largo por delante de varios estudiantes, que, vestidos con albornoces, se asomaban desde las puertas de sus apartamentos. La conocida voz del técnico forense ya se oía desde fuera antes de entrar.

El cuerpo aún colgaba del gancho del techo, pero pronto lo descolgarían con cuidado para enviarlo al hospital forense de Solna.

–Buenos días –dijo Nilsson, y se giró hacia Margrit.

Entró en la habitación y echó un vistazo antes de ponerse los guantes de plástico que le ofrecía.

La habitación era sorprendentemente grande para ser un piso de estudiantes. Margrit calculó que tendría unos veinte metros cuadrados. Limpia, a pesar de que la papelera estaba a rebosar de cartones de comida rápida y de que, con toda seguridad, hacía mucho tiempo que no pasaban la aspiradora.

–Cuando yo estudiaba los estudiantes no teníamos tantos lujos –dijo Nilsson detrás de ella–. Entonces te tenías que conformar con una habitación tan pequeña que apenas te podías dar la vuelta.

A la izquierda de la entrada había una cama hecha con esmero, y ante la ventana, un escritorio con una silla giratoria. En una de las paredes Marcus Nielsen había colocado una estantería blanca de Ikea. De esas que, según el *Libro Guinness de los récords*, era la más vendida del mundo. Una puerta enfrente de la cama daba paso a un estrecho baño. Margrit podía ver algunos rollos de papel higiénico a través de la apertura.

–Aquí tienes sus últimas palabras.

Nilsson señaló un papel que yacía sobre la almohada.

–¿Una carta de despedida?

Nilsson asintió y la leyó en voz alta.

—«Perdonadme, pero todo es muy complicado. Marcus.»

Margrit se inclinó y estudió el papel.

—Está impresa.

—Sí.

—No está firmada.

—No.

—¿Dónde está el ordenador? —Observó el escritorio, que estaba lleno de papeles y libros abiertos—. ¿Ya os lo habéis llevado?

—No, no había ningún ordenador.

—Entonces, ¿con qué la escribió?

Nilsson se encogió de hombros.

—Buena pregunta.

Margrit se acercó al escritorio y miró los cajones. Después abrió el armario y se encontró con un montón de ropa que parecía metida allí de forma precipitada. Había ropa sucia y limpia entremezclada. Debajo de la cama encontró una mochila. La abrió, pero estaba vacía.

—Aquí no hay ningún ordenador. —Se giró hacia Nilsson—. ¿Conoces a alguien de su generación que pueda sobrevivir sin ordenador?

—Tampoco parece que tenga impresora.

Nilsson tenía razón. En la habitación no había ni papel ni impresora.

—Si había planeado el suicidio, a lo mejor escribió la nota en otro lugar; en la universidad, por ejemplo —dijo el forense.

—Puede ser.

Margrit se acercó de nuevo al chico. El techo era más alto de lo normal, así que su cara quedaba a la altura de la cintura del muerto.

Llevaba una sudadera gris y unos vaqueros desgastados. Una mancha en la tela revelaba que el esfínter se le había relajado en el momento de morir. El olor le llegó cuando dio la vuelta al cuerpo, y Margrit retrocedió instintivamente apartando la cara. Dio unos pasos hacia atrás para tener una mejor perspectiva.

La cara de Marcus Nielsen había quedado congelada en una mueca grotesca. Tenía los ojos medio abiertos y en una de las

comisuras de los labios le colgaban restos de baba. Los labios estaban separados. Margrit vio que había intentado gritar cuando se cerró el nudo.

¿Se había arrepentido en el mismo momento en que sus pies habían perdido apoyo?

¿O se trataba de un espasmo muscular involuntario, provocado por su propio cuerpo?

Su pelo, anormalmente negro, contrastaba aún más con las facciones pálidas de la cara.

—Este no puede ser el color natural de su cabello, ¿no?

—No creo —le contestó Nilsson—. La autopsia lo aclarará.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva muerto?

Nilsson se rascó la nariz con el dedo índice.

—Mínimo, cinco o seis horas. El cuerpo empieza a estar rígido.

Margrit miró con atención la soga. Había penetrado con profundidad en el cuello, cuya piel mostraba estrías amoratadas. El cabo de la cuerda estaba atado con un nudo fuerte al gancho del techo.

—¿Cómo se subió? —preguntó para después responder él mismo a su pregunta—. Debió de subir al escritorio, se puso la soga al cuello y luego saltó desde ahí.

Midió el cuerpo con la mirada. Marcus Nielsen era bastante delgado y no muy alto. A pesar de ello, debía de pesar unos setenta kilos, pensó.

—Y aguantó el peso —dijo a media voz

—¿Te refieres al gancho?

—Hmm.

Nilsson enderezó la espalda y miró el gancho.

—La casa está bien construida. No se puede comparar con las chapuzas que se hicieron en los setenta.

—¿Quieres decir que si llega a vivir en una de esas casas se hubiera salvado?

Fue hacia la estantería y alcanzó una fotografía enmarcada que le quedaba a la altura de los ojos. Se veía al chico junto a un adolescente y una pareja de mediana edad; seguramente serían

sus padres y un hermano menor. Unas letras blancas indicaban que la fotografía se había tomado el diez de julio de 2006, o sea, el verano anterior.

La hicieron durante las vacaciones. Parecían estar en un bar en el extranjero. Al fondo se veían casas blancas con puertas de color azul claro. Seguramente estaban de vacaciones en las islas griegas, pensó Margrit, un viaje agradable con toda la familia. Sin saber lo que les esperaba un año después.

El muerto se parecía mucho a su madre. La misma nariz recta y los mismos ojos rasgados. El cabello de la madre era castaño y el de su hijo tal vez también lo fuera antes de teñírselo.

El semblante de Marcus resplandecía. Parecía un muchacho inteligente. No daba la sensación de estar pasando por algo que lo llevaría a suicidarse catorce meses después.

El hermano se parecía al padre. Los dos eran rubios y un poco regordetes. El padre apoyaba un brazo sobre el hijo pequeño y sonreía abiertamente a la cámara. Seguramente les hizo la foto un camarero.

–Parecía simpático –dijo Margrit.

–La mayoría lo parecen, por lo menos antes de morir.

No era una respuesta sarcástica, solo una afirmación seca.

Humor policial, pensó Margrit. Una forma de mantener la tragedia a raya.

Dejó la foto lentamente en su sitio. Sabía que el padre era funcionario municipal y la madre, enfermera. El hermano menor estudiaba el tercer año de instituto.

Como su Anna.

Aquella quizá fuera la última fotografía de familia. Ya no se harían más. Tenían que informar a los padres lo antes posible. A Margrit no le gustaba nada esa tarea.

Nilsson sacó algo de su enorme maleta negra y desapareció en dirección al baño.

–¿Hay algún indicio de que no sea un suicidio?

Nilsson negó con la cabeza sin girarse.

–En este momento, no. De todas formas, estamos recogiendo las huellas dactilares y biológicas, si las hay.

—¿Dónde está la muchacha que lo encontró?

—Está en la cocina con Torunn. Estaba en estado de shock cuando llegamos.

—No me extraña, dadas las circunstancias.

Margrit echó un último vistazo a los libros de la estantería. Muchos de ellos tenían títulos en inglés relacionados con la Psicología. Los que estaban en el escritorio eran libros de texto.

—Estudiaba Psicología en la Universidad de Estocolmo —dijo Margrit—. Me pregunto si tendría sus propios problemas psicológicos.

Nilsson asomó por la puerta.

—¿Quieres decir problemas como para acabar suicidándose?

Nora Linde miró con cansancio la habitación desordenada de su hijo. Desde que Henrik y ella se divorciaron estaba claro que Adam se refugiaba cada vez más en su ordenador. Adam estaba rodeado de montones de ropa, sentado delante del ordenador, pegado a la pantalla, chateando o jugando. Era como si prefiriese el mundo virtual al real. No contestaba cuando ella le hablaba y le costaba quedarse sentado a la mesa más tiempo del necesario para poder dedicar más tiempo al ordenador.

Nora intentaba establecer unas normas, pero era difícil porque Henrik y ella tenían distintos pareceres sobre el tema. De poco ayudaba que insistiera en poner un límite a las horas de juego si Henrik le dejaba jugar todo lo que quisiera cuando estaba en su casa. Si ya era difícil ponerse de acuerdo cuando vivían juntos, ahora era mucho peor.

Tan solo unas semanas después de descubrir la infidelidad de Henrik, hacía ya medio año, Nora había enviado, con efectividad profesional, ya que era abogada, los papeles del divorcio al juzgado.

Como tenían hijos menores de dieciséis años, la ley exigía un período de reflexión de seis meses antes de poner fin al matrimonio.

Nora no necesitaba ningún período de reflexión. Tenía claro que no quería seguir casada con Henrik. Apenas podían intercambiar dos palabras sin acabar riñendo y esperaba hasta el último momento cuando tenía que llamarle. A veces no quedaba más remedio. Con un hijo de seis años y otro de doce había muchas cosas de las que hablar.

De todas formas, cada vez que llamaba tenía la esperanza de que fuese el contestador el que contestara y no él.

La vez peor fue cuando contestó Marie, la nueva pareja de Henrik. Se había mudado para vivir con él en la casa adosada de Saltjöbaden, que había sido la casa de Henrik y Nora durante muchos años. Marie tenía un timbre de voz agudo, estridente, y hablaba rápido y sin freno, como si viviera en perpetua sorpresa ante cómo era el mundo. «Marie Grénier», contestaba de golpe.

Cada vez que Marie respondía, a Nora le ponía de mal humor pensar en lo contenta que debía de estar su exsuegra. Al fin su querido hijo, el radiólogo, había conseguido una mujer que sabía cómo comportarse en los salones elegantes. Era verdad que pertenecía a la pequeña nobleza, pero aun así su familia estaba inscrita en el registro nobiliario mientras que Nora había crecido en una granja.

Era justo lo que la madre de Henrik, Monica Linde, había deseado durante años. Sí, Nora había estudiado Derecho, pero también era cierto que era la única de su familia que había pisado una institución académica.

Pronto iba a ser el cumpleaños de Simon y tendría que celebrarlo con su ex sí o sí. Solo pensar en la fiesta le provocaba dolor de estómago.

Nora tocó con el pie el montón de ropa sucia que estaba en el suelo.

—Adam —gritó hacia la sala de estar donde el chico estaba sentado viendo la tele—, ven y ordena un poco todo esto. —Pasaron unos segundos. Volvió a gritar, esta vez con más fuerza—. ¡Adam!

El sonido de pasos arrastrándose revelaba que el tono imperativo había surtido efecto y que su hosco hijo obedecía.

—¿Siempre te tienes que poner tan pesada?

A pesar de que era lo último que quería, Nora sintió que la irritación crecía en su interior.

—Soy pesada porque me obligas a serlo. Si fueras un poco más ordenado, esto no ocurriría.

—Papá no es tan pesado.

El comentario le dolió. Con certera precisión, Adam le había lanzado un dardo que le había hecho daño.

—Pero ahora estás conmigo, no con papá. —Sabía que se arrepentiría por lo que estaba a punto de decir pero no podía callar—. Además, papá tiene señora de la limpieza y nosotros no nos la podemos permitir.

Su hijo le lanzó una mirada de desprecio por respuesta.

«Quiero que estén conmigo —pensó Nora—. ¿Por qué acabo sermoneándoles?»

Observó su imagen reflejada en el espejo, como si pudiera visualizar sus oscuros pensamientos.

Siempre había sido delgada, pero ahora estaba hecha un pabillo. Si no fuera porque su diabetes la obligaba a hacer comidas regulares, no pensaría en comer; en los últimos seis meses había perdido completamente el apetito. La melena roja, que le llegaba hasta los hombros, necesitaba un corte, y tenía unas pronunciadas ojeras bajo sus ojos grises.

Era consciente de que no dormía lo suficiente, pero no sabía cómo remediarlo. La esperaba un maletín con un montón de documentos del banco que tenía que leer antes de empezar la semana. Volvería a pasar una noche en vela hasta las tantas.

—Si quieres, te ayudo —dijo en tono conciliador, y se agachó para recoger los calcetines y calzoncillos sucios de debajo de la cama.

—Hmm.

—Adam, venga. Sé que esto no es fácil, pero tenemos que intentarlo.

—Hmm.

Nora le acarició un brazo.

—Cariño, he pensado que podríamos ir a Sandhamn el próximo fin de semana. ¿Qué te parece? Puedes traer a un amigo si quieres. Tu padre tiene una conferencia, así que estaréis dos fines de semana seguidos conmigo.

Se podía adivinar una débil sonrisa en la delgada cara del niño.

A sus hijos les encantaba ir a la isla y más aún ahora que se habían mudado a Villa Brandska. Probablemente, la casa más bonita de Sandhamn. Nora la había heredado de su vecina, Signe Brand.

Durante el verano habían remozado el interior y empapelado los dormitorios. Incluso Simon había ayudado a empapelar las paredes. Se concentraba tanto que casi bizqueaba del esfuerzo.

No solo habían cambiado de casa en Sandhamn. Nora también había encontrado un luminoso piso de dos habitaciones en una casa en el centro de Saltjöbaden. Los dos hermanos compartían el dormitorio grande mientras que ella se había quedado con el pequeño. La cocina era amplia y soleada, así como la sala de estar. En un pequeño rincón de la cocina había logrado meter un escritorio y allí tenía su oficina. Vivían a un cuarto de hora de su antigua casa.

Adam interrumpió sus pensamientos.

—¿Puedo invitar a Willie?

William Åkerman era el mejor amigo de Adam desde que entró en la escuela. Los dos chicos se habían hecho más amigos aún durante ese último medio año en el que Adam intentaba acostumbrarse a vivir en dos casas diferentes.

Nora puso los brazos sobre los hombros de su hijo y lo abrazó. Cuando era pequeño tenía el pelo rubio platino; ahora lo tenía de color arena. No era tan oscuro como el de Henrik, pero, aparte de eso, padre e hijo eran una copia el uno del otro.

—Claro que sí.

—Gracias, mamá.

El tono de Adam se había dulcificado y Nora notó que el peso que había sentido sobre el pecho se aligeraba.

Empezó a pensar en Thomas, su amigo de la infancia y padrino de Simon. Tenía una casa de verano en Harö, a diez minutos de Sandhamn. ¿Lo llamaría para decirle que el próximo fin de semana iría a Sandhamn?